

CARTA DE JOSÉ A LOS JÓVENES

Queridos chicos/as:

No sé cuál será la imagen que tenéis de mí ya que intenté pasar sin hacer ruido. A lo largo de mi vida, supe que Dios tenía un sueño especial para mí y quise hacerlo realidad, aunque no fue fácil. Seguro que si os fijáis en las estatuas y en las pinturas que se han hecho de mí, pensáis que siempre fui viejo, un viejo venerable, con rostro no excesivamente varonil, que tiene en sus manos una vara de nardo un tanto cursi. O quizá, me veis como un carpintero, muy limpio, eso sí, con vestidos muy nuevos, que se olvida del trabajo que tiene entre manos, para contemplar en un largo éxtasis los juegos de su hijo, que se entretiene haciendo cruces entre limpiísimas virutas.

En realidad, quiero aprovechar estas líneas para contaros algo de mí, ya que los evangelistas supieron respetar mi silencio en toda la historia de Salvación. Siempre fui trabajador y responsable. Desde pequeño, al ser el único varón de mi familia tuve que trabajar duramente para poder ganar dinero. Me dedicaba a hacer chapuzas. Ya sabéis, era un manitas y, todo lo que se estropeaba en las casas ajenas, yo me las ingeniaba para dejarlo como nuevo. Eso me dio muy buena fama, tanta que se hablaba de mí en todos los pueblos de alrededor.

Un día conocí a María, y como imagino que os pasará a vosotros cuando os enamoréis de verdad, comenzó para mí una nueva vida. Buscaba siempre la forma de pasar el máximo tiempo posible con ella y me encantaba estar pendiente de todo lo que pudiera necesitar. Hasta que un gran día vi mi mayor sueño hecho realidad, pues nuestros padres acordaron nuestro compromiso.

En mis tiempos, en Palestina una pareja realizaba su enlace en dos etapas: el «quiddushin» o compromiso y el «nissuin» o matrimonio propiamente. Para nuestro compromiso, yo no tuve mucho que aportar, sólo mis dos manos fuertes y jóvenes con ganas de trabajar para sacar la familia que iba a formar con María. Ella sin embargo me entregaba el mayor tesoro, su alegría, su pureza...

La ceremonia de los desposorios tuvo lugar en su casa y no os imagináis como me emocioné. Sentí que era el día más feliz de mi vida. Celebramos una fiesta sencilla pero preciosa, con los amigos, los vecinos... todos eran testigos de nuestro compromiso.

Después de aquella fiesta, contaba los días para el segundo paso: el matrimonio. Pero debía esperar un año... y un miércoles cualquiera, a la caída de la tarde, con un borriquillo iría a su casa. Allí estaría ella vestida de púrpura, con el cinturón que yo mismo le había regalado, perfumada, con sus joyas más preciosas... Soñaba cada noche con aquel momento.

Sin embargo, algo ocurrió que cambiaría nuestras vidas y las llevaría por un rumbo nunca esperado por nosotros. El mismo Dios irrumpió en nuestra vida. Sé que conocéis la historia. Cuando recibí la noticia os podéis imaginar cómo me quedé. No entendía nada, rezaba y no escuchaba lo que Dios tenía que decirme. Me sentí dolido, traicionado... pero algo dentro de mí me impedía desconfiar de María y de la manera en la que Dios se había hecho presente entre nosotros. En aquel momento me sentí hundido en un bache en el que tanto si miraba a la izquierda, como a la derecha, veía mal e injusticia. Me volví a Dios y me encontré con un muro de silencio. ¿Por qué Dios no me habla? ¿Por qué se calla? ¿Por qué me niega la explicación a

Semana Vocacional Josefina – Pastoral Hijas de San José

que tengo derecho? He dedicado a él lo mejor de mi vida, yo creo tener la conciencia tranquila... ¡Merezco una respuesta! Pero Él permanecía callado, horas y horas, días y días. Cayó en mis manos una frase del libro de Tobías: "Porque eras grato a Dios, era preciso que la tentación te probara" (Tob 2, 12). ¿Por ser grato a Dios? ¿Precisamente por serle grato? La paradoja era tan grande que no encontraba consuelo ni sentido. Pero yo amaba a María y la amaba con un amor a la vez sobrenatural y humano, por eso no me resultó difícil, pasados los días de oscuridad, perdonarla y comprenderla.

Sin embargo yo era justo, cumplía al pie de la letra la ley y, según ella, yo no podía dar mi estirpe, la de David, a un hijo ilegítimo. ¿Qué podía hacer? Abandonarla y no decir nada a nadie de que aquel niño que ella esperaba, que nada tenía que ver conmigo o traicionar la ley. No era sencillo... Si callaba y aceptaba este niño como si fuera mío, violaba la ley y esto atraería castigos sobre su casa, sobre la misma María a quien trataba de proteger... Si no reconocía este niño como mío, el problema se multiplicaba. María tendría que ser juzgada públicamente de adulterio y probablemente sería condenada a la lapidación. Esta idea me angustiaba profundamente.

Todo esto me atormentó hasta que en sueños se me apareció un ángel del Señor. Me anunció que Jesús, ese niño que María esperaba, traería lo que el hombre más necesita, lo que sólo Dios puede dar, lo más que Dios puede dar al hombre: la salvación.

Al despertar temí, por un momento, que todo hubiera sido un sueño, una «salida» que buscaba mi subconsciente para resolver el problema. Pero, cuanto más reflexionaba, más me daba cuenta de que aquello sólo podía ser obra de Dios. En aquel mismo instante sentí deseos de correr y abrazar a María. Lo hice en cuanto amaneció y a ella le bastó ver mi cara para comprender que Dios me había hablado como antes lo había hecho con su prima Isabel. Pero no sólo era alegría lo que sentíamos. También miedo y desconcierto. Cuando volví a quedarme solo comencé a sentir algo que sólo podía definirse con la palabra «vértigo». Como antes le pasó a María, descubrí que embarcarse en la lancha de Dios es adentrarse en su llamarada y sufrir su quemadura. Tuve miedo y pensé que hubiera sido más sencillo si todo esto hubiera ocurrido en la casa de enfrente. Sin embargo, una fuerza y una alegría que no podía contener me impulsaban a seguir haciendo realidad este sueño, el sueño de Dios en mi vida y aún siendo una persona tan sencilla, tan humilde... como cada uno de vosotros, logré llevarlo a cabo. Y crearme, aun pasando por tantas aventuras, aun con las dificultades y los miedos... fui plenamente feliz en mi vida. Os invito a no cerrar los ojos a lo que Él os pida, dejaos llevar por la confianza. Gracias por leer mi carta. Un fuerte abrazo.

José de Nazaret

(Texto aportado por Grupos Nazaret de Jerez de la Frontera)

ALGUNAS PISTAS PARA REFLEXIONAR:

1. Busca en el Evangelio lo que se dice sobre José de Nazaret.
2. ¿Sueñas dormido o despierto? ¿En color o en blanco y negro? ¿Cuáles son tus sueños? ¿Qué es lo que deseas de verdad?
3. Nuestra sociedad tiene sus propios sueños. Los medios de comunicación, la música, películas, etc. ¿de qué sueños nos hablan? ¿Cómo nos influye esto?
4. José nos habla de los sueños que tenía en su juventud... y un sueño que Dios te presentó ¿Te has planteado alguna vez que Dios puede tener un sueño para ti? Cuando imaginas y sueñas tu futuro, ¿lo imaginas y lo sueñas con Dios?
¿Estás dispuesto/a a preguntarle a Dios lo que Él desea y sueña para ti?
5. Terminar con unos minutos de oración, presentando a Dios nuestros sueños, contando con la intercesión de José.
6. Muchas veces, la publicidad nos promete hacer realidad nuestros sueños.
En grupos, preparad y escenificar un anuncio publicitario en el que se exponga un sueño realmente valioso y liberador.